

## EL GRAN PLAN DEL DIOS ETERNO

Élder Neal A. Maxwell  
del Quórum de los Doce Apóstoles



***"La desdicha es el fruto de no conocer el plan de salvación o de no seguirlo."***

Quisiera dar públicamente una cordial bienvenida al élder Nelson y al élder Oaks, amigos especiales desde hace muchos años, al entrar ahora en un círculo de amistad aún más estrecha. Una de las grandes bendiciones de la revelación de los últimos días es el plan doctrinal esencial que se conoce como el gran plan de salvación, el plan de felicidad o el plan de misericordia (Alma 42:5, 8, 15), el cual representa lo que Amulek llamó "el gran plan del Dios Eterno" sin el cual el género humano perecería sin remedio. (Alma 34:9.)

El plan es el más excelsa ejemplo de la visión perfecta del evangelio de Jesucristo. Más aún, la fe absoluta en el Señor Jesucristo incluye y exige una fe absoluta en el plan de salvación de su Padre.

El presidente Brigham Young dijo:

" . . . Toda persona debe tener el espíritu de revelación para comprender el plan de salvación y seguir el camino que conduce a la presencia de Dios" (Journal of Discourses, 9:279).

Tan importante es este plan que si no lo seguimos, nos arriesgamos a perder la mira y nos encaminamos a la desdicha, que es el fruto de no conocer el plan o de no seguirlo. Esa desdicha no cesará a menos que cumplamos. Por esto, el Señor, que nos ha dado sin reserva este conocimiento vital, nos ha instado a impartirlo también "sin reserva" (Moisés 6:58).

En el centro del plan del Padre está Jesucristo, el Redentor del género humano. Sin embargo, como fue previsto, muchos juzgan a Jesús "como cosa de ningún valor" o "lo consideran" sólo "como hombre" (1 Nefi 19:9; Mosíah 3:9). Aunque otros nieguen o desechen a Jesús, para nosotros ¡El es nuestro Señor y Salvador! Relativamente, hermanos, importa muy poco lo que se piense de nosotros, pero importa mucho lo que nosotros pensemos de El; también importa muy poco lo que los demás digan que somos, lo que importa es quién decimos nosotros que es Jesús (Mateo 16:13-17).

Por ejemplo, apreciamos no sólo la suprema divinidad de Jesucristo, sino también su asombrosa traslación y el gran número de sus "ovejas". Jesús resucitado volvió a visitar la tierra de Palestina de su ministerio terrenal; luego visitó a otras almas en las Américas (3 Nefi 11) y también a las tribus perdidas (3 Nefi 17:4).

En su generoso plan, el Señor "no hace nada a menos que sea para el beneficio del mundo" (2 Nefi 26:24). Labora con amor, sin cesar, como lo expresaron Moisés y Jeremías "para que nos vaya bien todos los días" (Deut. 6:24; Jeremías 32:38-40). En

su gran designio, su "obra" y su "gloria" es "llevar a cabo la inmortalidad y la vida eterna del hombre" (Moisés 1:39). Así, aunque aprendamos a amar a Dios, debemos reconocer humildemente que "él nos amó primero" (1 Juan 4:19).

Shakespeare se acercó mucho a la verdad al escribir "el mundo entero es un teatro . . ." ("A vuestro gusto", acto II, escena VII), ¡pero no para hacer comedia!

La misma palabra plan confirma el propósito paternal de Dios, ¡lo que los confusos y abatidos que se encuentran en el escenario del mundo necesitan tan desesperadamente!

El "plan de felicidad" no sólo nos asegura la perpetuidad de nuestra identidad individual, sino también la posibilidad de volver a empezar y perfeccionarnos. Muy acertadamente, un profeta dijo: "¡Oh cuán grande es el plan de nuestro Dios!" (2 Nefi 9: 13). Enoc lloró al ver en visión la historia humana con su innecesaria desdicha. (Moisés 7:41.) Pero también vio el triunfo del plan de Dios. Otro profeta exclamó:

"Dios . . . nos ha dado a conocer estas cosas para que no perezcamos . . . porque él ama nuestras almas . . . por consiguiente, en su misericordia nos visita por medio de sus ángeles, para que el plan de salvación nos sea dado a conocer . . . (Alma 24:14).

También en nuestra época han venido ángeles para enseñarnos de nuevo con respecto al plan de salvación de Dios y reconfirmarnos que la vida terrenal no es una tumba descomunal, y que la muerte no es el fin.

Alma vivió momentos angustiosos al pensar que podría ser "aniquilado en cuerpo y alma" (Alma 36: 15), pero recordó lo que su padre profetizó "concerniente a la venida de un Jesucristo, un Hijo de Dios, para expiar los pecados del mundo" (Alma 36: 17); y con profunda humildad, su ser se concentró en ese pensamiento (Alma 36:18) y con toda su alma clamó: "¡Oh Jesús, Hijo de Dios, ten misericordia de mí!"

La esperanza reemplazó el dolor, y el gozo la desesperación cuando le pareció ver a Dios en su trono ¡y anheló estar con El! (Alma 36:22.)

Esa añoranza del hogar celestial es real, más aún si se considera la proyección de esta vida. Después de todo, hermanos, el gusto que nos producen las bellas artes y la bella música no es sino la inclinación de los instintos adquiridos en otro lugar y en otro tiempo.

Pero la vida resulta ser precisamente lo que se espera de una experiencia planeada a propósito para probar y enseñar, con sus ventajas y sus privaciones, ¡las cuales tenemos que encarar, pues no las podemos esquivar!

¡Y qué gran experiencia es!

Para nosotros, falibles mortales, este plan de misericordia nos ayuda a reconocer y enmendar el error a fin de reanudar el progreso interrumpido.

Hay redención y purificación para el valiente Pedro que al vacilar comenzó a hundirse en las aguas, pero que sabiendo a Quién acudir para vivir clamó "¡Señor, salvame!" (Mateo 14:30); para el dócil Moisés agobiado con la carga de dirigir al

pueblo (Números 11:11, 14, 29); para Jonás que intentó huir a Tarsis, pero que al fin llegó a Nínive, donde recibió una gran lección sobre la compasión; para los errados Oliverio Cowdery, Martín Harris y Thomas B. Marsh que recuperaron su espiritualidad y mostraron su arrepentimiento viajando hacia el oeste para unirse de nuevo a la Iglesia y apoyar el plan y a los profetas que lo proclamaron.

Por eso, hermanos, para los fieles, los mejores momentos son a veces los más negros o los que siguen a éstos.

Por tanto, es una increíble ironía que algunos, con queja, empleen el proceso mismo de enseñanza del Señor en contra de El o que les duela el hecho de que andemos por fe en esta vida terrenal. Sin embargo, como lo dijo el práctico y espiritual presidente Brigham Young: "No hay fe salvadora que se base sólo en el reconocimiento de un hecho" (Discourses of Brigham Young, selec. de John A. Widtsoe, Deseret Book Co., 1941, pág. 154).

Además, puesto que esta vida es una experiencia tan breve, debe haber caminos de salida: algunos fáciles, otros difíciles, otros repentinos, otros prolongados. Por tanto, no podemos osar, ni siquiera por la fe, bloquear todas esas salidas todo el tiempo ni para todas las personas; ni desearíamos hacerlo si tuviéramos una amplia perspectiva eterna.

Dado que ciertos recuerdos han sido retenidos, ahora no vemos el fin desde el principio. Pero Dios sí lo ve. Ahora nos encontrarnos en lo que podríamos llamar "el sombrío intermedio", en el que, no obstante, aún podemos saber en verdad que Dios nos ama, individualmente y de un modo perfecto, aunque no siempre podamos explicarnos el significado de todo lo que nos acontece. (1 Nefi 11:17.)

En esta envoltura mortal, nuestra perspectiva sería totalmente limitada si no fuera por el conocimiento del "gran plan del Dios Eterno" y la fe en él.

De allí que las enseñanzas de Cristo referentes al plan de salvación sean la guía que señala e ilumina el camino. La barra de hierro de su evangelio corre a un lado del sendero recto y angosto para afirmarnos, guiarnos y aun sacudirnos ¡en bien de nuestra seguridad espiritual!

Mucho más que un tema de teología abstracta, este gran plan puede iluminar el diario vivir, ya que sus principios son definitivos en cuanto a cómo nos consideramos a nosotros mismos, a los demás la vida, al Señor y aun el universo, el nacimiento de un bebé o la muerte, o la alabanza y los honores del mundo. Este plan constituye la médula del significado de todo, por lo que el conocerlo puede sostenernos en cualquier prueba.

Sus verdades y perspectivas nos permiten distinguir entre un buen libro y la literatura barata, entre la venganza y la justicia, el furor y la justa indignación y el placer y la felicidad.

Con un entendimiento del plan de salvación de Dios, sabemos que el regocijo, el esfuerzo, el sufrimiento, el aprender y el sobrellevar las experiencias de la vida

desempeñan su función en el proceso comprensible de ayudarnos, si lo deseamos, como el Salvador nos ha instado, a llegar a ser aun como El es. (3 Nefi 27:27.)

Este desarrollo individual requiere a veces la marcha de un campo de Sión, el arduo viaje de pioneros o aulas de clase especiales, como en las colonias del norte de México en las que se han formado personas especiales, episodios todos ellos que no tienen nada que ver con los bienes materiales sino con el progreso espiritual en esta vida.

Por eso, para conformarnos con conocimiento y humildad a este plan, no podemos decirle al Señor que estamos dispuestos a entregarnos sólo bajo nuestros términos. ¡La entrega incondicional no admite condiciones!

Pero pese a toda su consistencia, el plan no puede brindar verdadera felicidad a nadie cuya vida no esté en armonía con sus normas. No puede acoger cabalmente al que ponga reparos en ser acogido. No tiene sitio de honor para el que no desee perder su puesto en la sinagoga del mundo. (Juan 12:42, 43.)

Si bien el plan refleja a un Padre y un Salvador amorosos, los creyentes en él no quedan automáticamente inmunes a las aflicciones del mundo. (Juan 12:42-43.)

El plan se destaca por la marcada importancia que da a la libertad humana de escoger (2 Nefi 2:27); y sin embargo, algunas de nuestras circunstancias actuales tal vez reflejen convenios previos, en esta vida olvidados, que una vez hicimos por libre elección.

El plan siempre señala el camino, pero no siempre lo suaviza, dado que para el progreso individual es preciso que "haya una oposición en todas las cosas" (2 Nefi 2:11).

El Señor nos dará la confirmación intelectual y espiritual que nos haga falta concerniente a Su plan, pero con Sus condiciones y a Su propia manera.

"El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta" (Juan 7:17).

En verdad, de todos los errores que los mortales podamos cometer, el más grande es el de no comprender o no seguir el plan de salvación de Dios.

¡No hay error más grande ni de consecuencias más trascendentales! Luego, no es extraño que esta Iglesia y su gente gasten tanto esfuerzo y dinero por dar a conocer este plan del evangelio.

Es natural que el Señor desee que el plan se enseñe clara y repetidamente.

Y, ¿por qué no? ¡Es el plan de Dios y no el nuestro! Y dados los deslucidos resultados de los planes del hombre por resolver los problemas del mundo, ¿no nos alegra? Por lo demás, de todas las cosas de las cuales podamos hablar, como escribió Jacob: "¿Por qué no hablar de la expiación de Cristo?" (Jacob 4:12). ¿Por qué no, hermanos? Este hecho abarca toda la historia de la humanidad, por cuanto Dios Redentor e Hijo Salvador siguieron adelante con el gran plan de felicidad. Sí, en el plan Dios quiere vernos felices, pero antes tenemos que ser libres para escoger.

El don del albedrío que Dios nos ha dado nos indica cosas maravillosas de Sus propósitos para nuestro beneficio y desarrollo. Nuestro abuso de ese albedrío no dice nada a nuestro favor.

Con todo, en el escenario de esta vida mortal vemos grandes actos de misericordia, conmovedores actos de compasión, asombrosa abnegación y callado heroísmo . . . entre gentes de todos los credos, razas y culturas.

Ello no debe sorprendernos. Después de todo, ¿de quién somos hijos espirituales? (Hebreos 12:9.)

No debe sorprendernos, entonces, que esta escuela terrenal produzca grandes triunfos así como una historia repleta de errores humanos. ¡Pero no debemos culpar la escuela ni el plan de estudios y mucho menos al Maestro! Más aún, ¡no nos atrevamos a darle un sermón sobre los problemas de sus hijos!

Por lo pronto, hermanos, nunca nadie nos ha prometido que seguir al Señor en los últimos días sería tarea fácil.

¡Las dificultades del pasado pueden servirnos de lección! Al acercarse la primera venida de Jesús, hubo muchas señales; sin embargo, hubo quienes dudaron (3 Nefi 8:4); pero los fieles prevalecieron y fueron librados.

Hubo infamadores que se reían de la fe de los creyentes, que "hicieron un gran alboroto" y se regocijaron ante la posibilidad de que la fe de los seguidores de Cristo sería en vano. (3 Nefi 31:5-7.) Pero no lo fue; los miembros guardaron la fe, y la fe los guardó a ellos!

Los creyentes de la actualidad verán confirmada su protección, como el joven criado de Eliseo. Rodeados de enemigos, el joven preguntó al profeta y vidente qué harían, y éste le dijo: "No tengas miedo, porque más son los que están con nosotros que los que están con ellos" (2 Reyes 6: 14-16). Pero el joven miraba a su alrededor y ¡no veía lo que le decía el vidente! Después de que el profeta hubo orado para que los ojos del joven fueran abiertos, éste vio "que el monte estaba lleno de gente de a caballo y de carros de fuego" (2 Reyes 6:17).

Todo saldrá bien ahora como sucedió en la antigüedad, porque los que guardan el pacto del Señor tienen su promesa:

"Y me serán por pueblo, y yo seré a ellos por Dios.

"Y les daré un corazón, y un camino, para que me teman perpetuamente, para que tengan bien ellos, y sus hijos después de ellos.

"Y haré con ellos pacto eterno, que no me volveré atrás de hacerles bien . . ." (Jeremías 32:38-40). Esto testifico con autoridad Apostólica y en el nombre de Jesucristo. Amén.